

do elogiar su concisión —escribe en la página 13—, la verdad es que al hacer la versión nuestra, atentos a expresarnos como lo hubiera hecho don Juan Manuel de haber vivido en los tiempos modernos, nos hemos visto obligados muy a menudo a condensar lo dicho de un modo demasiado prolijo y a suprimir innecesarias repeticiones, dejando sólo las que tuvieran valor estilístico. También hemos convertido en subordinadas y subordinantes multitud de oraciones yuxtapuestas y coordinadas, substituído arcaísmos y expresado, por medio de un rodeo aclaratorio, lo que a lo mejor en el XIV todos entendían”.

Es lamentable que el nuevo editor de don Juan Manuel no haya consignado en una nota biobliográfica los principales y muy numerosos trabajos que existen sobre nuestro prosista medieval. Igualmente, que la versión no se haya extendido a las partes segunda, tercera, cuarta y quinta de la obra que, si no poseen igual valor que los ejemplos, integran el libro tal como lo concibió su autor (3). Asimismo, pudo entregarse con cada apólogo una sumaria indicación de fuentes y fortuna posterior, en especial en los casos de los ejemplos 3, 10, 11, 14, 25 y 32, por sus relaciones directas o indirectas con la literatura hispánica.

Con todo, las indicaciones anteriores no encierran censura. Por sobre todo ponemos el mérito de acercar los monumentos venerables de la literatura a los lectores no especialistas.—*Juan Loveluck*.

 <https://doi.org/10.29393/At363-364-104TEDB10104>

“EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS”, de *Augusto Roa Bastos*, 1953. Editorial Losada, Buenos Aires.

Salvo escasos poemas, nada conocíamos de la literatura paraguaya, nada de su novela, de su prosa narrativa. Pudiera perdonársenos tan supina ignorancia a causa de la pasional geografía de América,

---

(3) Y desdican aquello de “texto íntegro” con que se abre el libro.

las bravías cordilleras que nos separan, los ríos anchurosos, los bosques impenetrables, la distancia inclemente. Más aún: el ningún interés de las entidades estatales por difundir más allá de sus fronteras las manifestaciones culturales respectivas, promoviendo el intercambio de libros en escala adecuada y el envío de misiones artísticas de todo orden. Algo se ha realizado, es cierto, pero en condiciones esporádicas y gracias a iniciativas particulares que, por sus naturales limitaciones económicas, no alcanzan el volumen que requiere tal empresa: el conocimiento mutuo, que es como decir amor por lo genuinamente americano, por aquello que nos pertenece en presencia y esencia.

La solicitud de un amigo paraguayo, colega de docencia en la Universidad de Concepción, la más austral del continente, ha puesto en nuestras manos un libro singular: *El trueno entre las hojas*, del escritor asunceño Augusto Roa Bastos. Poeta y periodista en los albores del afán literario, Roa Bastos, nacido en 1917, asume con el libro en referencia acaso una de las más altas representaciones de la prosa paraguaya. Diecisiete cuentos jalonan el libro. ¿Cuentos? Tal vez pudiera discutirse la calificación del género. Porque los relatos, a excepción de unos pocos, se influyen y se penetran mutuamente, imbricándose en sutil, flexible, pero sólida trabazón. Los personajes y el medio —aguafuerte pirograbadas al rojo blanco— aparecen, se sumergen y emergen, con la vitalidad de un río corriendo bajo espesas ramazones de selva tropical. Véase, por ejemplo, la tenaz relación entre “Los carpincheros”, primer relato, con el último, aquel que da nombre al volumen.

Se ha dicho que Roa Bastos sigue la línea del inolvidable Horacio Quiroga. Cabal. Pero creemos que pudiera no ser afirmación antojadiza el vincularlo a otros escritores americanos que hicieron de la selva el escenario de sus creaciones literarias, y asumieron la defensa apasionada del hombre nativo aplastado por la doble presión de los rigores calientes del clima y una prolongada y secular explotación. Nos referimos al colombiano José Eustasio Rivera y a su novela *La vorágine*; al ecuatoriano Jorge Icaza, y a su *Huasipungo*; y al argentino Alfredo Varela, autor de *El río oscuro*.

Los modos expresivos de Roa Bastos son de la mejor ley. Alterna descripciones y diálogos con sabia medida, dosificando las imágenes en la medida necesaria para regular la tensa dramaticidad de los hechos. No conceptos. Hechos. Que a veces se alzan de lo meramente objetivo para fundirse en símbolos, acaso sin que él mismo se lo haya deliberadamente propuesto. La noble energía de la prosa hace olvidar la leve truculencia de alguna circunstancia, y conduce al lector por los apasionantes entreveros del relato que, si dolorosos y aparentemente irremediables, dejan no obstante al final el latido de la fe y de la esperanza.

Llama notablemente la atención el empleo que hace Roa Bastos de una suerte de mestizaje idiomático, sin duda por él creado, en que el giro castellano adquiere calidad sinfónica al serle asociada la dulce expresión vernácula paraguaya: el guaraní.

Y bien. No somos críticos literarios ni de ninguna forma de arte, tarea que dejamos en manos de los especialistas. Sólo deseábamos destacar el nombre y la obra de este gran escritor que va creando, junto a muchos otros y en medio de tantas y tan variadas alternativas, una tradición literaria, americana y universal a la vez, no supeditada a los dictados o influencias venidos desde afuera.—*Daniel Belmar.*



“CORRESPONSAL EN WASHINGTON”, de *Jean Davidson*. Editorial Pacífico, 1955

Jean Davidson nos muestra en su interesante libro la situación del corresponsal extranjero en Washington que vive al hacerse y deshacerse de las noticias políticas internacionales. Escribe después de haber abandonado su situación desilusionado del destino y tarea del periodismo político e informativo.

La sustancia de su libro la constituye la bien interiorizada vivencia de su profesión. Hay en este reportaje al periodismo un cuadro rico y variado de las técnicas profesionales y de la serie de argu-